

Brenda Paz

PARASOMNIAS

¿Podrías escapar
de tus pesadillas?

blok
B DE BLOK

**Muéstrate a ti mismo tu más profundo miedo,
después de eso, el miedo ya no tendrá poder
y serás libre**

JIM MORRISON

CAPITULO 1

Miedo, era lo que sentía.

La soledad se apoderó de mí y la oscuridad se hizo eterna. El frío me agarrotaba los músculos.

La sensación de estar enterrada a dos metros bajo la tierra húmeda y fría, era lo único en lo que podía pensar. Una opresión, que me resultaba familiar.

De pronto, mi respiración se agitó y mis pulsaciones se aceleraron. Sin poder controlar mi cuerpo, el temblor comenzó. Lo que se inició como un simple cosquilleo en mi estómago, terminó convirtiéndose en fuertes espasmos por todo el cuerpo.

Sentía la necesidad urgente de abrir los ojos y, al mismo tiempo, lo único que deseaba era entrar nuevamente en ese oscuro y profundo sueño en el que había permanecido hasta hacía unos instantes.

Comencé a escuchar un ruido estridente. Aunque al principio se oía lejano, poco a poco se escuchaba más y más cerca –y más alto también–, hasta que se hizo insoportable.

Ese ruido era conocido para mí, aunque me costó recordarlo. ¿Qué era?, ¿qué? ¡Ah!, mi despertador.

Contuve la respiración por unos segundos... mis ojos se abrieron. Entonces, esa extraña sensación de tierra húmeda sobre mí pasó a ser solo aire que se extendía sobre el oscuro vacío.

El tiritar de mi cuerpo fue disminuyéndose. Una ráfaga fría y filosa me recorrió la piel; un pequeño hormigueo quedó para recordármelo. Además de un sudor espeso y pegajoso, como si cientos de caracoles me hubiesen recorrido de pies a cabeza. Partiendo de mi mejilla derecha, bajando por el cuello y perdiéndose sobre mi brazo, un extraño picor eléctrico, perduró por más tiempo y con mayor intensidad.

¿Cuánto tiempo estuve allí acostada sintiendo como ese desagradable hormigueo iba desapareciendo de a poco y el pulso se me normalizaba?. Podrían haber sido minutos u horas. Estaba estática, salvo por la respiración.

¡Mierda!, volvió a sucederme.

Hacía aproximadamente dos semanas que no me pasaba. Ese sentimiento de miedo mezclado con el frío, junto a la sensación extraña y desagradable, casi dolorosa, que atravesaba todo mi cuerpo y que tanto me desconcertaba.

Realmente no podía decir si era una pesadilla, si me desmayaba, o qué era lo que me sucedía. Pero, cada vez que me ocurría me ahogaba sólo una certeza, sentía mucho, pero mucho miedo. También me ahogaba ese olor nauseabundo queapestaba hasta mi alma, no se quitaba con nada y que únicamente el tiempo lograba apaciguar. Olía a carne putrefacta, tal vez a un animal muerto descomponiéndose. A pesar de lo repugnante que era, había un aroma a miel y menta que se mezclaba con ese olor desagradable. Una hediondez y fragancia al mismo tiempo difícil de explicar.

Lo curioso era que nadie percibía ese olor aparte de mí. O por lo menos nadie comentaba nada al respecto.

El despertador no dejaba de sonar, diciendo que ya era hora de levantarse. Resignada, me estiré para apagarlo y me levanté lentamente.

Luego de estos episodios, mis movimientos eran más torpes y lentos de lo que solían ser habitualmente. Tambaleándome fui directo al baño, tenía que bañarme. Me sentía sucia y perdida. Al salir de mi cuarto me percaté que había mucho ruido; sonaba a pico y palas que retumbaban en mi cabeza.

El sol iluminaba demasiado. Me lastimaba los ojos, incluso a través de las cortinas cerradas de la ventana del pasillo, que conducía desde mi habitación hasta el baño. Seguía desorientada, por lo que decidí continuar mi camino y ducharme lo antes posible. El contacto con el agua caliente y el perfume floral del jabón siempre me hacían sentir mejor. Cuando terminé de bañarme me sentía limpia, aunque bastante cansada.

Vivía con mis padres y mis hermanos en Los Álamos, un pueblo de las afueras de la ciudad de Buenos Aires. Según el GPS de la camioneta de mi papá, nos separaban unos doscientos treinta y tres kilómetros de la capital.

La casa donde vivíamos no era muy grande, pero al ser la única mujer de cuatro hermanos tenía el privilegio de tener una habitación para mí sola. Mis hermanos, en realidad sólo dos de ellos, compartían lo que anteriormente era el altillo, convirtiéndolo en un gran cuarto de varones, con mucho olor a adolescentes y ropas, libros, zapatillas y todo tipo de objetos tirados por todas partes.

Mi habitación estaba en la planta baja, junto a la de mis padres. Lo único malo que tenía la casa era que solo había un baño para todos, lo cual resultaba bastante problemático.

Lo recordé, el motivo por el cual había tanto ruido. Estaban terminando de construir otro baño en la planta alta para mis hermanos. ¡Buenísimo! Me felicité a mí misma por ese momento de lucidez.

Corrí a mi habitación a cambiarme, no quería llegar tarde al colegio. Una vez dentro comprobé, en el reloj despertador, que ya era muy tarde. Me llamó la atención que nadie se acercara a decirme que me apresurara.

Con el uniforme puesto y el cabello aún mojado entré en la cocina. Todos los que estaban allí me miraron con cara extraña.

Mi mamá estaba hablando por teléfono, se quedó a mitad de una palabra cuando me vio. Mi hermano Sebastián estaba mirando la televisión, a la cual dejó de prestar atención para verme también. Por último, estaba mi hermano Cristian que dejó de

botar la pelota con la que estaba jugando, agarró su teléfono celular, lo levantó y, riéndose, me sacó una foto.

La bofetada que me produjo esa acción fue tan grande que dejé de respirar por un momento.

Sebastián fue el que, con un suspiro, me dijo:

–Ceci, estamos en vacaciones de invierno–.

Para cuando terminó la frase, yo recordaba todo. Y la foto que me había sacado Cristian recorría las redes sociales de sus amigos y, estaba segura, también del resto del planeta.

Era viernes, de la primera semana de las vacaciones de invierno.

Mi mamá se despidió con quien estaba hablando en el teléfono y se acercó, me miró con la misma cara que solía ponerle a mi hermano mayor, Walter, cuando ella estaba segura que por más que le hablara, él no le entendía ni una palabra.

Con su mano derecha me acomodó un mechón de cabello mojado del flequillo que estaba pegado en mi cara. Se acercó aún más, mirándome directo a los ojos, y habló con el tono más normal que logró vocalizar.

–¿Cecilia continúas desorientada?, ¿quieres que llame al Doctor Fridman?

–No, no, no –respondí rápidamente–, estoy bien, recuerdo todo, fue solo un momento, nada de qué preocuparse –le aseguré dando un paso hacia atrás para alejarme de ella y de su mirada inquisitiva.

–De todos modos quisiera que vieras al Doctor Fridman –dijo dándose vuelta, minimizando su preocupación o haciendo una buena actuación de ello.

–No mamá, no hace falta, además, ¿qué puede hacer él? Nada, como siempre. Quédate tranquila. Yo estoy bien –le volví a asegurar enfáticamente, antes darme la vuelta y salir a grandes pasos hacia mi habitación a cambiarme.

El Doctor Fridman era el médico psiquiatra que había tratado a Walter en los últimos tiempos, y cada vez que sucedía algo en nuestra casa, mis padres lo buscan y le consultan como si él fuera el único que nos pudiera salvar de todas nuestras desgracias familiares.

Cuando entré a mi habitación me sentía muy triste, aunque no sabía si era por lo que me acababa de suceder o por el hecho de recordar a mi hermano Walter a raíz de la mención del Doctor Fridman.

Me acerqué a la ventana, corrí unos centímetros la cortina de tela pesada color azul marino; con un pequeño tirón abrí una de las hojas de vidrio. Estaba sin trabar, como siempre. Desde que nos mudamos se hallaba así, a pesar de todo mi esfuerzo y esmero por trabarla.

El sol que iluminó la habitación no me hizo sentir mejor, aunque me ayudó a ver más claramente el interior y las cosas que había en ella. Los muebles de madera pintados de color blanco contrastaban con el azul celeste de las paredes.

Antes de dirigirme hacia la cama tomé el cuadro familiar que estaba apoyado sobre el escritorio. Una foto tomada aproximadamente hace unos diez años. En ella estábamos los cuatro hermanos con nuestros padres. Éramos unos niños, y Walter y Laura, mis padres, eran visiblemente más jóvenes; todos estábamos riéndonos. Observándola, me recosté sobre la cama.

Con una simple mirada cualquiera se daría cuenta de que pertenecíamos a la misma familia. El color castaño rojizo oscuro de nuestros cabellos y las pecas era nuestro signo característico y distintivo. Sí, éramos “los colorados”. Así nos llamaban en nuestro barrio anterior.

Miré la gran sonrisa que tenía mi hermano Walter. Él era el mayor de los cuatro y llevaba en honor a nuestro padre el mismo nombre. Había cumplido veinte años y hacía uno que estaba internado en la Clínica de Rehabilitación Esperanza, ubicada en las afueras de Los Álamos. Era un centro de ayuda a drogadependientes especializado en trastornos psiquiátricos.

Esa fue la razón por la que nos mudamos para vivir en el pueblo; de eso habían transcurrido más de seis meses. Mi mamá no soportaba estar lejos de su hijo, por lo que papá habló con mis hermanos y conmigo y nos explicó que lo mejor era que nos mudáramos por un tiempo. Por su parte, él pidió un traslado en el banco donde trabajaba y, en un acto heroico, nos trasladamos todos juntos, en familia.

En Buenos Aires no sólo dejábamos nuestra casa, sino a nuestra gente, amigos y parientes. Sin mencionar nuestras cosas –porque sólo pudimos llevarnos lo más importante y necesario–, mucho quedó guardado allá, en nuestro verdadero hogar.

Pero el sacrificio había tenido su recompensa, y si bien nunca lo hablábamos, todos sabíamos que lo hacíamos por Walter y no nos quejamos. Poder ir a visitarlo cuando quisiéramos y sin restricciones era algo que no tenía precio, como decían en los comerciales de la tarjeta de crédito.

Walter siempre fue nuestro guía; al ser el mayor siempre lo seguíamos. Cuando éramos pequeños él era quien decidía a qué jugábamos. Cuando nos peleábamos, él era el que impartía justicia. Era él quien nos cuidaba, enseñaba y protegía. Hasta que un día todo eso cambió.

Creo que todas las familias tienen algo por qué luchar. Nosotros siempre teníamos como objetivo que Walter se curara, que volviera a vivir con nosotros y nunca más recayera. Cuando eso sucediera, todo el sacrificio habrá valido la pena.

Estreché la foto fuertemente en mi pecho y, con un suspiro, me senté. Después coloqué el portarretratos sobre la mesita de luz, junto a mi cama.

Antes de pararme y comenzar a cambiarme, jugué un rato con el anillo de oro blanco que llevaba desde hacía algunos meses en mi dedo anular derecho. Tenía una hermosa flor con una cuenta de adorno en el centro, blanca y brillante. Me lo regalaron mis padres cuando cumplí dieciséis años.

Los borrosos y oscuros recuerdos de la noche de mi cumpleaños sólo provocaron un estremecimiento feroz que recorrió mi espina dorsal y se extendió por el resto del cuerpo. Ésa fue la primera vez que experimenté el miedo aterrador.

Recordé temblorosa como aquella noche sentía que estaba encerrada dentro de la niebla blanca y espesa en la que no lograba escuchar ni mi propia voz y mis esfuerzos físicos para salir de ella eran en vano.

En aquella oportunidad no logré apaciguar los espasmos estomacales que me provocaron el olor nauseabundo.

Me costó, lo que creí fue una eternidad, ubicarme en tiempo y espacio. Al principio no recordaba ni mi propio nombre. Fingí estar enferma, o quizás lo estaba realmente, para no ir al colegio. Estuve asustada y temblorosa por toda una semana.

Desde ese momento, las extrañas noches fueron intermitentes y sin previo aviso. Simplemente algunas mañanas me despertaba aterrada y muerta de miedo, sin poder decir qué era lo que me había sucedido para sentirme de esa maldita forma.

Por más que lo intenté, no logré nunca recordar lo que me pasaba durante esas noches. Solo sensaciones borrosas y desagradables, donde predominaban el frío, la fatiga y la opresión, como si hubiera tenido un muerto encima de mí. “¿Por qué me sucedía eso?”, me preguntaba una y otra vez, sin llegar a ninguna respuesta.

Luego de haberme cambiado, volví a recostarme sobre la cama.

El aburrimiento sería el protagonista del día. No habría muchas opciones, sólo pasar por el quiosco y comprar un gran suministro de papas fritas y chocolates, para luego tomar posesión del sillón y la televisión. Ése sería mi gran plan para finalizar la primera semana de las vacaciones escolares de invierno. ¿Qué mejor que comer para calmar la angustia y la tristeza?

Comenzó a sonar “Dirrty”, un tema viejo de Christina Aguilera que me encantaba y que tenía como *ringtone* en mi teléfono. Sobresaltada me incorporé y corrí hasta el escritorio donde estaba mi celular cargándose. Mi identificador de llamadas decía que era Sabrina. Medité si quería hablar con ella, pero debo haber tardado mucho tiempo porque mi teléfono se quedó en silencio entre mis manos.

Con Sabrina López Laciár íbamos al mismo curso. Aunque solía hablarme como si fuera su amiga, yo no sabía si considerarla con ese título.

Unos días antes había ido a verme, o eso fue lo que dijo cuando llegó. Aclaró que necesitaba hablar conmigo. La invité a que pasara a mi habitación. Ni bien traspasamos el umbral de la puerta, comenzó a hacerme un interrogatorio exhaustivo sobre Cristian.

Cristian era el segundo de mis hermanos; *Chucky* como le decían sus amigos en el pueblo. Cumpliría dieciocho el siguiente mes, pero como había repetido el primer año del colegio, estaba sólo un año adelante de mí.

Como era más grande, siempre se estaba aprovechando de Sebastián y de mí. Solíamos ser el blanco de sus bromas y el centro para sus desahogos. Creía que haciendo eso se convertiría en alguien importante, pero en realidad nunca lograría dejar de ser un pobre idiota que no podía pensar mucho.

Ese día Sabrina me confesó que estaba enamorada de mi hermano Cristian y me pidió que la ayudara a conquistarlo. El pedido fue de rodillas y hasta con ruegos, a lo cual no pude negarme.

Y durante tres días que no me dejó en paz. Me llamaba miles de veces para preguntarme por *Chucky*. Vino a visitarme todos los días, y dos veces el anterior, de las cuales el primero tuve que ayudar a mi mamá a limpiar, por lo que me acompañó a lustrar todos los muebles de la casa.

Mientras yo trabajaba, de lo único que ella me hablaba era de mi hermano; si por lo menos me hubiese ayudado con algo más productivo que solo charlar. Pensándolo bien, creo que solamente me hubiera conformado con que cambiara de tema un rato.

Era cierto lo que solía decir mi abuela Lila: hay personas que nacen con estrella y otras estrelladas. En los últimos días sentí que Sabrina me había arrollado con un camión remolcado, estrellándome contra el pavimento.

Mientras estaba meditando sobre la suerte que solía acompañarme volvió a sonar mi teléfono. Por supuesto que era Sabrina. Esta vez atendí. Temí que si no lo hacía se me apareciera por la casa, y personalmente era más difícil de soportar.

–Hola, Sabrina, ¿cómo estás? –le dije con el mejor tono que pude.

–¿Qué te pasó?, ¿te estuviste drogando?, ¿o solo son problemitas psiquiátricos? –interrogó, sin ni siquiera saludarme primero.

–Hey, detente un minuto, ¿qué te pasa?, ¿por qué tantas preguntas, y sobre todo incoherentes? –la frené.

–¿Incoherentes? ¿Dónde viste a alguien normal y coherente se ponga el uniforme para ir al colegio en plenas vacaciones? –me sentenció y recordé la foto que me había sacado Cristian hacía un rato.

–Perdón, simplemente soñé que se le hacía tarde para ir al colegio y cuando me desperté estaba tan dormida que no me detuve a pensar en que día vivía; sólo no quería llegar tarde.

En ese momento me pareció que la pequeña mentira podría andar y me aferré a ella. La verdad era que no sabía qué había soñado y el sólo hecho de recordar lo de esa mañana me recorrió un frío intenso y doloroso por la espalda.

–¿Y después no quieres que el hermoso de tu hermano te llame friqui? –me contestó, y antes de que dijera algo en mi defensa continuó–: La verdad no me importa si lo soñaste o deliraste. Lo que sí me importa y mucho es la fiesta de esta noche, por eso te llamaba.

Recordé el alboroto de los últimos días en el pueblo. Esa noche era la fiesta de aniversario –se conmemoraba ciento veinte años de su fundación– y para la ocasión habían preparado una gran fiesta. No pensaba asistir, por lo que la emoción de las personas no llegaba a reflejarse en mí.

Aproveché el momento en el que Sabrina paró de hablar para tomar aire y decirle:

–No cuentes conmigo, yo no voy a la fiesta.

Sin escuchar lo que le dije, Sabrina me respondió:

–Voy a tu casa para que nos cambiemos juntas y de paso me aseguro que me vea *Chucky*. Ah, viene Geraldine también. Anda fijándote que te pones, porque así nomás no te llevo. Debo dejarte porque tengo muchas cosas que hacer para verme hermosa para el bombonazo de tu hermano –y sin saludar me cortó.

Que bronca me daba que no me saludaran antes de cortarme el teléfono. Se decía que los irrespetuosos y faltos de modales éramos los de la capital, pero que equivocados estaban todos, Sabrina hacía todo lo que se debería hacer para desaprobarnos un curso de protocolo y ceremonial.

Un golpe sordo en la puerta de mi habitación me distrajo y, como pude, guardé mi bronca para indignarme tranquila después, cuando estuviera sola y aburrida.

Era Sebastián, mi hermano menor; yo era la tercera y él el cuarto. Acababa de comenzar la secundaria, hace algunos días había cumplido catorce años. Él era el más compañero de todos, era dulce y cariñoso. Todo el tiempo estaba aguantando a Cristian, que siempre estaba insoportable, y no sabía porque a él lo molesta incluso más que a mí.

Entró despacio. La tranquilidad era una de sus características más sobresalientes. Al verme sonrió.

–Hey, ¿estás bien? –me preguntó.

Su sonrisa era hermosa, remarcaba sus redondeados cachetes rosas e iluminaba sus cálidos ojos color miel, los cuales se destacan alrededor de las largas pestañas y sus pobladas cejas.

–Sí, tranquilo. Solo soñé que me quedaba dormida y llegaba tarde a la escuela – repetí la misma mentira que le dije a Sabrina. Pensé que lo mejor era apegarme a una sola versión, así no corría el riesgo de equivocarme con lo que decía.

Sebastián dejó de sonreír y se agachó para que nuestros ojos estuvieran a la misma altura. Aunque él era más chico que yo, ya me llevaba unos veinte centímetros de ventaja, convirtiéndome así, en la más baja de la familia.

Me miró fijo a los ojos y, en tono bajo pero firme, dijo:

–Ambos sabemos que odias bañarte por las mañanas, tanto como comer hinojo. Eso podrás decírselo a los otros. Tan solo quería saber cómo estabas, no necesitas mentirme.

Fue un shock escuchar eso y más en ese tono. Era verdad que odiaba el hinojo y también odiaba bañarme por la mañana; me ponía de malhumor comenzar el día de esa manera. Él lo sabía, me conocía bien.

–Si necesitas algo, aquí estoy –dijo suavizando su tono y también su mirada.

Se acercó y me dio un dulce beso en la mejilla y, sin decir nada más, se fue de la habitación.

Me quedé allí parada, pensando en qué me podría haber sucedido durante la noche, si era que me pasó algo o si solo me estaba volviendo (me daba miedo tan solo pensarlo, aunque quizá eso era lo que me ocurría)... loca.

CAPITULO 2

Sabrina y Geraldine ya habían llegado y yo todavía continuaba perturbada y con miedo.

Traían bolsos y bolsas llenas de, lo que supuse, eran ropas, zapatos y accesorios de moda para ponerse e ir a la fiesta del pueblo.

Aunque la convocatoria de los carteles, que estaban pegados en todas las calles por esos días, decía que era a partir de las cinco de la tarde, ellas llegaron cuatro horas antes.

-Por favor no se queden allí paradas, no ven que apenas tenemos tiempo para arreglarnos- chilló Sabrina, mientras sin pedir permiso entró a mi habitación y arrojó sobre la cama todo lo que estaba cargando.

-Hola- dije en tono seco y áspero para ver si por lo menos se daba cuenta de su falta de modales, pero su respuesta nunca llegó. Simplemente me ignoró, para ir directamente hacia la ventana y abrirla, por completo y de par en par, lo cual me produjo una gran rabia que no mitigó a pesar del agradable aroma de los árboles del patio trasero que entró gracias a la ráfaga de viento que se produjo al abrirla.

Para empezar, no me saludó, para mí era algo importante. En segundo lugar, entró como si fuera su propia casa, la cual no lo era. Y tercero, si mi ventana no estaba completamente abierta era por algo que ella no debía saber pero que debía respetar. Yo no entraba en su casa y le abría la ventana de su habitación sin ni siquiera preguntar. Sabrina era una persona mal educada, concluí.

Mientras aumentaba el fuego que calentaba mi mal temperamento pensando en la mala actitud de esta chica, Geraldine se me acercó y me acarició el brazo saludándome:

-Hola Ceci-

Ella era diferente, siempre estaba tranquila, sumisa, no le gustaba las peleas ni le contestaba de mala forma a nadie, pero solía permanecer a las sombras de Sabrina. A mí me gustaba estar con ella; siempre se reía de mis chistes, que eran bastante malos.

Sabrina López Laciari y Geraldine Laciari no se parecían en nada. Eran polos opuestos en todo. No solo en personalidad sino también físicamente. Sabrina era rubia y su cabello era indefinido; no tenía rulos ni era completamente lacio. Tenía pequeños ojos celestes, de baja estatura y contextura menuda, muy delgada.

Por el contrario, Geraldine era una morocha muy llamativa. Ella tenía el cabello oscuro, espeso y lacio que le caía hasta la cintura, ojos negros, labios gruesos y curvas pronunciadas.

Sinceramente no sabría decir cómo llegaron a hacerse amigas. Debe ser porque eran primas, ambas llevaban el apellido Laciari y, me imagino, porque desde pequeñas han hecho todo juntas, desde ir al colegio hasta ir a comprar el pan.

Supongo que, como en todos los pueblos chicos, la mayoría de sus habitantes eran, de alguna forma, parientes. Los Álamos no sería la excepción.

Mirándolas bromar juntas, una pequeña punzada de celos me tomó por sorpresa. En aquellos últimos meses extrañaba tanto a mi mejor amiga. En Buenos Aires, Victoria Lee y yo éramos inseparables, hasta que me mudé. Sin embargo, a pesar de la distancia, nos las arreglamos para continuar comunicadas casi todo el tiempo.

Me hubiera gustado encontrar una amiga como ella en el pueblo, o por lo menos alguien que no estuviera a mi lado porque le gustaba mi hermano mayor.

Resignada -mientras Sabrina disponía de mi habitación y la mandaba a Geraldine para que le cumpla todos sus caprichos-, discretamente me senté en el escritorio frente a la computadora que, aunque viejita, funciona. La encendí y me conecté a internet.

Entré a mi perfil, con la intención de perder tiempo y de aprovechar todas las vidas que tenía disponibles en los juegos donde me encontraba registrada.

Por suerte encontré que Victoria Lee estaba conectada. Ni bien me vio comenzó a escribirme.

Vicky: ¡Hola Ceci! ¿Cómo estás?

Yo: ¡Hola! Bien y ¿vos?

Vicky: Vi la foto, ¿qué te pasó?

¿Algún día podré quitarme el karma de la foto que me sacó Cristian esa mañana o seguirá hasta que me muera?.

Sí, exagerado mi pensamiento.

Repetí la misma mentira que había armado y que dije varias veces durante lo que llevaba del día. No sabría decir si me creyó, pero no volvió a preguntarme nada más al respecto.

Me hubiera gustado contarle lo que me sucedió realmente y las dudas que me atormentaban, aunque por chat era un poco difícil. Esperaba que en algún momento pudiéramos vernos personalmente y allí se lo contaría. Aunque mi mayor deseo era que, para el momento en que nos viéramos, no me sucediera nada más. Realmente lo que más deseaba era que esa haya sido la última vez que me pasaba.

Hablar con Victoria, mejor dicho chatear con ella, siempre mejoraba mi estado de ánimo. Recordar a mis amigos, mis cosas, me hizo también recordar a la Cecilia Siriani que solía ser en Buenos Aires.

Mientras vivía allá nunca me sucedieron las experiencias extrañas que me ocurrieron en Los Álamos. Jamás supe lo que era tener tanta angustia, y mucho menos miedo. No sabría cómo describirlo. Podría decir que en muchas ocasiones pude haberme asustado, pero el miedo que sentía últimamente no.

Aproveché la conversación con mi amiga para dejar de pensar sobre el tema escabroso y me puse al tanto de todo lo que pasaba por mi antigua ciudad. Le di mi opinión sobre lo que tenía que vestir para su primera cita con el chico que trabajaba en el quiosco de la esquina de su casa que tanto le gustaba y que esa tarde la había invitado a ir a patinar sobre hielo. Por último, les envíe saludos a todos los que me conocían.

Cuando volví a la realidad de mi habitación, luego de despedirme de Victoria, me di cuenta que me encontraba sola. El bullicio de voces que escuchaba provenía desde otro lugar de la casa, y no sólo eran las voces de Geraldine y Sabrin: había alguien más. Diría que varias personas más.

A regañadientes me levanté de mi silla y salí a buscarlas.

La casa no era muy grande, comparada a la que teníamos en Buenos Aires. Sin embargo, tenía un patio trasero más amplio y eso me gusta. En él había frondosos y hermosos árboles. La ventana de mi habitación daba hacia allí, al igual que la habitación de mis padres y el baño. Al jardín delantero daban las ventanas del *living* y la cocina, que era la habitación más grande que tenía la casa porque estaba integrada con el comedor. El garaje estaba separado de la construcción principal y fue ganado al jardín.

Arrastrando mis pies entré a la cocina y encontré que Sabrina hablaba muy animada con mi hermano Cristian y dos de sus amigos.

Cristian se había adaptado más que bien en el pueblo. Diría que incluso, en algunos aspectos, estaba mejor que en Buenos Aires. Aquí él era a quien seguían, él <sabía todo>. Aunque para mí seguía siendo el mismo tonto e inmaduro de siempre, para los chicos del pueblo lo que él decía, y sobre todo hacia, era una genialidad.

Siempre estaba acompañado por alguien y hasta le hacían mandados. Sebastián y yo sospechábamos que también le completaban la tarea, porque si bien no era un excelente alumno, por lo menos estaba al día con sus clases.

En la cocina había un clima de charla alegre. Ni se dieron cuenta cuando entré. Aproveché y me serví un vaso de gaseosa, me senté en uno de los bancos altos de la barra de desayuno y comencé a escuchar las estupideces que decían.

Sí, también me había vuelto prejuiciosa.

Estaban contándole a mi hermano, entre todos, sobre la profesora Servian. Ella dictaba la materia de literatura. La consideraban una loca histérica que vivía para arruinarles la vida a todos los chicos del colegio. La mayoría de los alumnos que repetían lo hacían gracias a ella. El sobrenombre que le pusieron era irreproducible.

Me perdí la primera parte de la historia. Desde que comencé a escucharla, me enteré que, a raíz de un acontecimiento grave que tuvo hacía como veinte años se fue del pueblo por mucho tiempo. Incluso dijeron que estuvo internada en un neuropsiquiátrico.

-Sí, se le nota que algo raro tiene -decía mi hermano despectivamente.

-¿Viste cómo trata a los chicos, sobre todo a los lindos como ustedes? -Sabrina preguntaba.

Lucas Sotto, uno de los amigos de Cristian, que estaba apoyado en la ventana y muy entusiasmado contando la historia dijo:

-Sí, claro. Justamente son a ellos a los que les hace la vida imposible.

-Decímelo a mí. El año pasado con todo lo que me hizo, fue insoportable. No me dejó en paz hasta que desaprobé su materia y ahora la tengo previa -explicó Santiago Bruner, el otro de los amigos de mi hermano que estaba mirando y haciéndole sonrisitas a Sabrina.

-¿No será que no estudiaste, por eso tienes que rendir de nuevo la materia? - dije.

¡Mierda!, había hablado en voz alta. Todos se giraron para mirarme.

Cristian volvió a darse vuelta y dijo, restándole importancia a mi comentario:

-No le presten atención a la chica <apruebo todas las materias porque estudio>.

Todos retomaron la conversación excepto Santiago, que continuaba mirándome fijamente con el entrecejo fruncido.

Tengo experiencia con sujetos como él gracias a mi hermano. No bajé la mirada y estaba dispuesta a continuar sosteniéndola indefinidamente. Al cabo de un momento él se relajó, sonrió y me dijo:

-Quizá, puede ser que tengas razón y es por eso que la tengo pendiente, pero creo que es porque no tengo a nadie que me ayude a estudiar.

Sabrina enseguida tomó partido:

-Si necesitas una profesora que te ayude, yo no soy muy buena en literatura, pero la intención es lo que cuenta -comentó.

-Gracias, eres muy amable, lo voy a tener en cuenta -le respondió Santiago quitándome los ojos de encima para ofrecerle a ella una gran sonrisa provocadora.

Haciendo pucheros con su boca Cristian dijo:

-Yo también tengo previa esa materia, y necesito una profesora muy dispuesta a enseñarme, porque la tengo que presentar cuando terminen las vacaciones de invierno.

Por favor, qué idiota que puede ser mi hermano y eso, por si fuera poco, a ella le encantó. Quedó fascinada.

Fue ahí que no aguanté más, me levanté y me fui. Cuando ya había pasado el marco de la puerta para irme, retrocedí y pregunté:

-Sabrina, ¿Geraldine dónde está?.

Ella riendo respondió:

-Seguro que en el baño, cuando está con chicos mucho tiempo se pone nerviosa y se escapa un rato. No te preocupes, siempre lo hace.

Tenía muchas ganas de contestarle y mandarla al infierno, literalmente, pero escuché un ruido que provenía del baño y decidí que era mejor ir a ver qué pasaba.

Cuando me acerqué a la puerta del baño creí escuchar a Geraldine llorar. Golpeé y le dije que la esperaba en la habitación.

Mi habitación, parecía un campo de batalla luego de la guerra, un caos absoluto. Había ropa y más ropa, zapatos, botas y accesorios desparramados por todos lados. Prefería intentar acomodar algo de ese desastre que volver a la cocina.

Al rato de estar esperando a Geraldine, decidí ir a ver porque no venía, pero cuando salí la encontré con Sabrina en la cocina y juntas estaban conversando animadamente con los chicos. Volví a mi habitación preguntándome qué le había pasado.

*

Una de las cosas que más odiaba en la vida era hacer algo que no tenía ganas de hacer y de todos modos terminaba haciéndolo. Así me sentía cuando salimos de mi casa para ir a la fiesta aniversario del pueblo.

Fuimos caminando porque, como todo en el pueblo, quedaba cerca. Mi casa se hallaba sólo estaba a cinco cuadras de la plaza principal, donde se encontraba la mayor concentración de personas. Estábamos en pleno invierno, pero ese día estaba particularmente caluroso y con mucha humedad.

Por suerte, gané en mi disputa con Sabrina y me puse mis zapatillas de lona. Ella quería prestarme unas botas con tacón de diez centímetros. La última hora estuvieron, antes de salir, torturándome con lo que debería ponerme. Finalmente, me vestí con lo que yo quería: unos *jeans* negros con un buzo canguro del mismo color. Ellas no lo entendían, pero para mí era importante sentirme cómoda, así que fui vestida de luto. Total, nadie me iba a mirar a mí y menos si estaba al lado de Sabrina.

Por supuesto no hacía juego con ellas. Geraldine tenía unos *jeans* azules y una camisa verde. Sabrina, que se cambió infinidad de veces hasta decidir qué vestir, le hacía honor al color rojo.

Los Álamos era un pueblo de pocos habitantes; según los datos que circulaban en internet del último censo, vivían unos quince mil habitantes, aproximadamente. Cuentan que fue llamado así porque los primeros colonos construyeron una gran muralla para frenar los fuertes vientos plantando álamos. Actualmente se podían distinguir a la distancia los grandes árboles que rodeaban parte del pueblo.

La mayoría de las personas trabajaban en la empresa automotriz que estaba a tres kilómetros de la entrada del pueblo. Era gracias a esa empresa que se sostenía económicamente.

Como en todo poblado pequeño, alrededor de la plaza principal se encontraban todas las instituciones importantes. Desde el banco, donde trabajaba mi papá, la municipalidad, la iglesia y una de las escuelas primarias, hasta la vieja estación de ferrocarril que hacía varios años estaba en desuso.

Desde uno de los extremos de la plaza, opuesto a la estación del ferrocarril, nacía una calle con negocios. Era el paseo de compras, que no superaban las tres cuadras.

Aquí no había *shoppings*, ni hipermercados, ni cines. Solo un pequeño auditorio para eventos sociales que, además los fines de semana y en el receso escolar proyectaba, alguna película o presentaba una obra de teatro.

Era un lugar bonito, pintoresco de estilo colonial. Las calles eran anchas de adoquín y las veredas de baldosas color marrón claro.

La mayoría de las casas mantenían el estilo del pueblo, de un solo piso con techos altos de teja rojas. Sus ventanas y puertas eran de madera, estrechas y alargadas, y se podían contar con los dedos de las manos las que tenían rejas. Si bien algunas fueron modificadas, la mayoría, sobre todo en el centro del pueblo, continuaban igual que desde que se construyeron hacía más de cien años.

Las veredas y bulevares estaban colmados de árboles de tilo, pinos y sauces, demasiados sauces. En realidad, creía que el pueblo debería llamarse <Los Sauces> en lugar de <Los Álamos>. La combinación de los distintos árboles brindaba un aroma extraordinario, una de las características más distintivas del lugar.

En la cuadra de mi casa se podía encontrar también mandarines en las veredas, aunque su fruta no se podía comer porque era amarga. Cuando llegamos al pueblo, Sebastián estaba muy contento de tener mandarinas en el árbol de la puerta de casa. Lo primero que hizo fue recolectar un par e intentar comerlas. Fue muy gracioso ver su cara desencajada, con el ceño fruncido, ojos achinados y lengua afuera al morder el primer gajo. Demasiado amargas y ácidas.

En las afueras del pueblo, del otro lado de la ruta, pasaba el río Salado y era en la costanera donde se encontraban los bares y restaurantes de moda.

Algunos sábados por la tarde íbamos a tomar una gaseosa con Sebastián. Por las noches nunca había ido. Mis padres eran muy sobreprotectores, estaban atemorizados porque me pasara algo malo. Creo que ésa era una de las marcas que les dejó la experiencia vivida con la enfermedad de Walter.

Junto al río había un pequeño bosque con fogones que en verano se utilizaba para acampar. También había una represa, que controlaba el caudal de agua del río, y sabía que había una pileta municipal, aunque nunca la había visto.

Pero lo más importante que tenía ese pueblo, era Esperanza. La clínica donde atendían y hospedaban a mi hermano.

Mi emoción era tan grande que parecía que estaba en el medio de un partido de fútbol, disputado por equipos de Japón con relatos en su idioma.

Sabrina y Geraldine estaban tan ansiosas y felices que no podían quedarse quietas, lo cual agravaba mi incomodidad. Dimos vueltas por todos lados; ellas saludaban a todas las personas que veíamos y a mí me arrastraban de un lado para el otro como si fuera el perrito que sacaron a pasear. Solo me faltaba la correa.

Cuando ya habíamos recorrido toda la plaza sin encontrar nada interesante para ellas, o mejor dicho, a mi hermano Cristian y sus amigos, nos fuimos hacia el río para ver si estaban allí.

Para el momento en que llegamos a nuestro destino, el sol ya se escondía en el horizonte y un gran manto negro comenzaba a cubrir el cielo, nublándolo.

Por suerte encontramos a mi hermano y sus amigos. La verdad era que no quería seguir caminando más. Estaban sentados en las mesas de afuera de uno de los bares de la costanera. Como no esperaba nada más que aburrirme fui derecho a una de las sillas que había más cercanas al río.

Me senté y me entregué a escuchar la conversación que comenzó entre Sabrina, Geraldine y Jesica Castro, otra compañera de curso que encontramos en la plaza y se unió a nosotras.

Cristian estaba con Nicolás Benedetto, Santiago Bruner y Lucas Sotto, todos amigos y compañeros de su curso.

Hablaban y cada tanto algún otro chico pasaba y saludaba.

Lucas decía:

-Que yo sepa, no hay nada mejor que las fiestas de este pueblo.

Cristian respondió agrandándose:

-Creo que sí hay. En Buenos Aires se pueden encontrar mejores fiestas.

-Pero seguro que mejor compañía no -respondió Lucas mirando significativamente a Jesica.

Mi hermano, que no era nada lentito con ese tema, aclaró rápidamente:

-Hey, no me dejaste terminar, eso mismo iba a decir. Miren que tengo calle, pero mejores mujeres que en este pueblo, no hay.

Cara dura y mentiroso, si por calle quiere decir la vereda de nuestra casa, podría ser válido. Ya que luego de lo que pasó con Walter nuestros padres no nos dejaron salir ni a la esquina. Hace más de un año de eso, y antes no lo dejaban salir tampoco porque le iba mal en la escuela y no tenía edad suficiente.

Mientras discutían sobre las mejores fiestas y las mujeres, se acercó un chico alto de tez clara, cabello castaño oscuro peinado hacia arriba, ojos celestes claros, boca ancha y labios finos.

Santiago ni bien lo vio dejó su lugar y corrió a saludarlo con un abrazo.

Lo presentó como Mateo. Luego, gracias a Geraldine, me enteré que eran primos. Como ya me había dado cuenta, casi todos tenían algún parentesco en el pueblo. Pero este chico no era de allí, vivía en otro pueblo llamado Ranchos que quedaba a unos cincuenta kilómetros.

Mateo se sentó junto a mí, era el único lugar libre. Fue muy correcto y al principio casi no hablaba. A medida que pasaba el tiempo se fue soltando y comenzó a preguntarme algunas cosas y a contarme sobre él.

Finalmente, terminó sabiendo por qué yo estaba viviendo en el Los Álamos, que extrañaba bastante mi anterior hogar, sobre todo a mis amigos, y que nunca había tenido novio, aunque salí con un chico unos meses, pero nos dejamos de ver sin explicación alguna. Por su parte, me contó que estaba en el último año del colegio secundario, me describió su pueblo y realizó comparaciones con Los Álamos. También me contó que quería ser abogado y que se iría a vivir a Buenos Aires el próximo año para estudiar y probar suerte con la música; estaba armando su propia banda musical con unos amigos.

En un momento de la conversación me ofreció tomar algo. Si bien lo dudé, finalmente acepté. Sin decir nada me deslicé del asiento y lo seguí.

Había mucha gente alrededor de la barra en el bar. Me indicó que lo esperara mientras él iba a buscar las bebidas.

Trajo cerveza. Yo nunca había tomado más de dos sorbos. Primero, no me gustaba y, segundo, tenía miedo de emborracharme y no pudiera controlarme como le sucedía a Walter. Sabía que no era lo mismo y que era algo exagerado de mi parte, pero igual tenía miedo.

-Perdón por no preguntar que querías tomar. Como había tanta gente no podía salir, sino perdía el lugar. Te traje lo mismo que tomo yo -me dijo entregándome una botella que ya estaba abierta.

-La verdad es que no tomo cerveza, no me gusta. Gracias igual -le dije con una sonrisa, no quería que pensara que se la estaba despreciando.

-Me lo imaginé, pero pensé que no eras de ese estilo -dijo y aunque se sonrió amablemente, sus ojos no decían lo mismo, se estaban burlando.

-¿Y de qué estilo es ese? -pregunté levantando la barbilla; no me había gustado como se burló de mí.

-Del estilo que me gusta- dijo, y me tomó del brazo dirigiéndome hacia el río, no le pude ver la cara porque me giró, pero su agarre fue de forma amable y cálida.

Caminamos juntos un rato por la orilla del río sin hablar, mientras nos alejábamos del bullicio y entramos en el bosque. Continuamos caminando pasando los fogones, hasta que llegamos a la zona de árboles grandes, en donde las agujas caídas de los pinos y hojas secas alfombraban el suelo. Resoplaba un cálido aire con las fragancias de los árboles.

-Así que nunca tuviste novio, ¿por qué? Eres muy linda -me dijo Mateo indicándome con su mano libre la raíz de un gran roble para que nos sentemos.

Esto me puso nerviosa y por más que no me gustara para nada la cerveza, tomé unos tragos para aclararme la garganta y de paso tener un rato más de tiempo para pensar la respuesta.

-No es que nunca tuve novio. Solo no formalicé ni lo convertí en algo serio. Ya te conté la historia -intenté sonar lo menos patética que pude.

-Yo tuve un par de novias, pero ninguna me ha comprendido, todas creen que soy un perverso, aunque te juro que no lo soy -dijo y se rio; yo también lo hice.

-¿Por qué dices eso? -pregunté curiosa.

-¿Qué no me entienden o que soy un perverso? -dijo bromeando.

-Qué no te entienden. Lo de perverso, entendí el chiste -dije haciéndome la madura.

-No lo sé -dijo levantando sus hombros y continuo-, creo que nunca encontré a la chica que me comprendiera y aceptara como soy.

-Quizás sea eso- respondí y seguí bebiendo la cerveza sin darme cuenta.

-¿Crees en el amor a primera vista? -me preguntó.

-No lo sé, jamás me sucedió -dije sinceramente.

Poco a poco se estaba acercando más y eso me ponía cada vez más nerviosa. Cuando ya estaba con uno de sus brazos sobre mis hombros, sonó su celular y él atendió.

Mientras hablaba yo me terminé mi cerveza. Sin dejar de hablar se levantó y se alejó un poco. Parecía que no tenía buena señal.

Quise pararme y me di cuenta que estaba mareada. Me quedé allí, quieta, lamentándome el haber bebido toda mi botella.

Mientras estaba intentando respirar profundo, concentrada pensando en cómo iba a levantarme para ir a mi casa sin hacer el ridículo, sentí como el aire cambiaba alrededor.

Un escalofrío me recorrió primero la espalda y luego se apoderó de todo mi cuerpo. Esto ayudó a calmar mi mareo, pero no podía ver claramente; de repente había niebla blanca y espesa alrededor mío.

Comencé a oler algo pestilente, sabía que lo conocía. Era ese olor asqueroso y desagradable a carne podrida mezclada con dulce menta. Me pareció ver una sombra que se movía entre la niebla. Me quedé quieta, conteniendo la respiración, con frío y paralizada por el miedo.

CAPITULO 3

Cuánto tiempo estuve allí paralizada, no sabía decirlo. La verdad tampoco supe qué sucedió.

Simplemente estaba sentada sobre la raíz del gran árbol inmóvil, con los músculos agarrotados de miedo.

De pronto, la respiración se me aceleró, al igual que las pulsaciones. La niebla que apareció de repente se disipó del mismo modo. Lo que perduró, además del miedo y el frío que sentía, fue el olor repugnante.

Miré la mano que sujetaba mi buzo, era Mateo que estaba zarandeándome. Mientras lo hacía me hablaba, no le entendía nada de lo que decía. De a poco sus palabras comenzaron a tomar sentido para mí.

-Tenemos que volver ¿Estás bien? -preguntó Mateo sobresaltado, quien además con su fuerte brazo me obligó a pararme.

No pude responderle, no encontré mi voz para decir algo.

-Quédate tranquila. Estas así por la cerveza. Al final te tomaste toda tu botella y ahora estas un poco mareada -dijo un poco divertido y otro poco burlón.

Una vez que estuve parada, él tiro de mí para que comencemos a caminar de regreso, pero no me moví. Con un suspiro se giró y se colocó delante de mí mirándome con una sonrisa pícaro dibujada en la cara.

Se agachó para que quedáramos a la misma altura y dijo:

-Ya sé que es lo que quieres -sin más palabras se acercó aún más y me beso.

Al principio continué en estado de inmovilidad, hasta que en un momento reaccioné; fue como un chispazo que encendió algo dentro de mí y comencé a besarlo.

Mis labios, que casi apenas habían besado a alguien en lo que llevaba de vida, se movían al ritmo de los suyos y mis manos alcanzaron su cabeza para acariciar su cabello.

Me olvidé de todo, del miedo, el frío, la niebla y hasta del olor putrefacto. Absolutamente de todo; sólo quería besarlo.

Creo que él se sorprendió aún más que yo de mi reacción. Porque entre besos me dijo:

-Wow, jamás me lo habría imaginado -y me sujetó más fuerte.

Continuamos besándonos hasta que sonó su celular de nuevo y se deshizo de mi agarre para atender. Mientras hablaba me pasó su brazo derecho por detrás de la cintura y comenzó a guiarme para regresar a la calle.

Antes de llegar a la zona de los bares me enfrentó y dijo:

-¿quieres que te pase a buscar mañana a la tarde y salimos un rato a dar una vuelta?

-Bueno -titubeé-, pero ¿a qué hora?

-A la tarde, alrededor de las tres ¿te parece bien? -me preguntó.

-Ok dale. Agenda mi número de celular y arreglamos bien donde nos encontramos -le dije.

Intercambiamos los números de nuestros celulares y me dejó allí, con la promesa de enviarme, al otro día un mensaje al mediodía para vernos a la tarde.

Mateo tenía que encontrarse con su primo Santiago, que lo esperaba y lo estaba volviendo loco llamándolo al celular a cada rato.

Lo vi irse corriendo, saludándome con la mano en alto.

Debía confesar que esperaba que me diera un beso de despedida, aunque sabía que apenas nos habíamos conocido un rato antes. Me regañe a mí misma intentando sacudirme la sensación de decepción que esa tontería me había producido.

Volví caminando sola a mi casa. En realidad, había tanta gente en las calles que era imposible sentirse sola. Tardé mucho más tiempo en llegar que cualquier otro día.

Las personas se divertían. El clima de alegría inundaba las calles. Los niños corrían alrededor de los adultos y tuve que esquivar a varios para que no termináramos tirados en el suelo.

-Hola Ceci -me saludó Jonathan al verme cruzando la calle de la esquina de mi casa.

-Hola -dije y lo saludé con la mano en alto.

Jonathan O'Dare vivía en la casa contigua a la mía e íbamos juntos al mismo colegio. Compartíamos el viaje de ida algunos días, pero estábamos en diferentes clases. Él está en el mismo curso de mi hermano Cristian. Ellos no son amigos supongo que lo consideran demasiado educado y estudioso para poder incluirlo en su grupo.

No me detuve a conversar. Fue él quien se me acercó y caminó a mi lado.

-Divertida la fiesta, ¿no? -dijo, pero su tono aburrido y su postura encorvada no indicaron precisamente que lo estaba pasando bien esa noche.

El sarcasmo era una de las características de Jonathan, las otras eran las bromas ácidas y el silencio malhumorado. Si él no te dirigía la palabra había que evitar hablarle si no querías que te arruinara el día diciéndote algo que no deseabas escuchar.

-No pareces divertido -señalé.

-Creí que habías dicho que no te vería hoy, ¿cambio de planes? -me contrarrestó.

-Me obligaron -respondí cortante.

-Buena excusa -dijo y se rio.

Su risa era grave y musical, él era agradable. Lo que no lo ayudaba era su abundante acné. Era alto, con el cabello oscuro y lacio que le llegaba a la barbilla. Su nariz demasiado grande para su rostro, opacaba sus gruesos labios. Sus ojos color aguamarina se destacaban sobre el resto de sus facciones, incluso brillaban esa noche.

-Pensé que vos también te quedarías en tu casa esta noche, ¿también te obligaron a salir? -bromeé, pero no sonó muy gracioso.

Creo que de comediante no voy a poder ganarme la vida.

-Sí, había planeado no salir, pero cambie de opinión. Estas estúpidas fiestas tienen su lado bueno -me respondió y esperé a que continué explicándome qué era lo bueno que tenían estas fiestas, pero no siguió.

Llegamos a la puerta de mi casa y dudé en preguntarle. Siempre fui curiosa y lo peor que me podían hacer era contarme algo a la mitad.

-Llegamos -dije anunciando la obviedad-, espero que hayas encontrado lo bueno que tienen para ofrecerte estas fiestas -le deseé y agregué-, si es que lo tienen.

-Oh, claro que sí. Por hoy ya lo encontré -dijo Jonathan. Me saludó con la mano en alto y continuó caminando.

Me dejó más que intrigada. No me quedé para ver si entraba a su casa o se iba hacia otro lado.

El *living* se hallaba en penumbras cuando entré. Sebastián se encontraba con un amigo que no logré identificar. Ambos acurrucados, sentados en el sillón mirando la televisión. Supuse que estaban muy concentrados porque ni me saludaron, aunque sabía que me habían visto. Intenté hacer el menor ruido posible y me fui lo más rápido que pude a mi habitación.

No era muy tarde, así que le mandé un mensaje a Victoria Lee contándole lo que me había pasado durante la noche. En realidad, casi todo lo que me sucedió, porque la parte extraña, la del miedo, la niebla y el frío, no se lo escribí. Pensándolo bien, también fue extraño lo que me sucedió con Mateo.

Al terminar de escribirle sentí como el cansancio me iba ganando y sin cambiarme me acosté sobre mi cama y me dormí profundamente.

Me desperté y descubrí aliviada que había tenido una noche sin sueños. Miré el despertador y era muy tarde, bien entrada la mañana. Había dormido mucho, pero por suerte, no estaba desorientada. Aunque no tenía un buen presentimiento y sentía ese extraño miedo.

Me levanté y me encontré con el estado desastroso en el que se encontraba mi habitación. El día anterior fue el lugar donde se instaló el centro de belleza de Sabrina López Laciari y Geraldine Laciari.

Mientras ordenaba y limpiaba recordé lo que me había pasado durante la noche anterior. No lo podía creer, pensar que no quería ir a esa tonta fiesta de pueblo y ahora tenía una cita con un lindo chico.

Recordar esto me llevó al momento del beso y la sensación agradable de estar con Mateo, pero a la distancia, me sorprendí de lo que había hecho.

Yo nunca había sido una chica de las que se dicen <fáciles>, y la noche anterior le había dado un beso a un chico sin ni siquiera saber su apellido. Pero lo que más me sorprendió fue en la forma en que lo besé. Mi experiencia con chicos no había

sido muy grande, para no decir casi nula, ¿de dónde salió? Porque todo eso fue muy natural para mí.

Meditando sobre esto, salí de la habitación y fui a la cocina, la cual estaba completamente desierta. Por un lado, me alivié. Sabía que tenía que pedir permiso para salir, pero si no había nadie dejaría una nota y listo. Una excusa perfecta y que no haría preguntas incómodas para averiguar <¿con quién salís?>, <¿a dónde vas?> o <¿de dónde lo conoces?>.

Comí lo primero que encontré en la heladera, pollo con arroz, ni lo calenté. Estaba nerviosa y un poco apurada. Rápidamente volví a mi habitación para arreglarme, había dormido mucho y tenía poco tiempo para la cita.

*

Eran las tres y media de la tarde y no tenía noticias de Mateo. Yo ya estaba vestida desde hacía una hora y todavía sentía atragantado el pollo que comí súper apurada para que no se me hiciera tarde.

Di miles de vueltas por toda la casa, entré cientos de veces al baño y me peiné de diferentes maneras, una y otra vez. Me miré muchas veces al espejo, tenía puesto unos *jeans* azules, una camiseta de cuello alto blanca con un buzo grueso en color gris y zapatillas de lona negras. Hacía mucho frío. El clima caluroso y húmedo que había albergado al pueblo durante la fiesta se había ido con la lluvia durante la madrugada y había dejado un gris y oscuro día de invierno, así que tenía ya preparada mi campera larga negra para cuando saliera.

Mi celular era un caso aparte. Lo agarré cientos de veces para ver si me había llegado un mensaje o alguna llamada perdida que no había escuchado. No sabía si llamarlo o seguir esperando.

Cada minuto que pasaba mi desilusión aumentaba y sentía como se apoderaba de mí una gran tristeza.

Para las cinco de la tarde, dos horas después de la hora que se suponía nos teníamos que encontrar con Mateo, yo estaba completamente devastada.

Para ser francos, esa no era la primera vez que me decían que pasaban a buscarme y luego me quedaba sola en casa. En Buenos Aires estaba muy enamorada de un compañero de curso que siempre me prometía una cita y después no aparecía.

Deseé que le hubiera pasado algo grave a Mateo por haberme dejado plantada. Siempre me pasaba lo mismo. Sabía que no era miss universo pero comencé a dudar cuán fea y poco querible era.

Observé, en el reflejo del espejo del baño, la tristeza en mis ojos verdes oscuros que incluso estaban más grandes de lo habitual. No pensaba quedarme en mi casa sintiendo lástima de mí y menos que alguien me viera en ese estado.

Pensé que podía salir a caminar por la plaza y la calle de los comercios, pero no quería encontrarme con nadie del pueblo. Solucioné el tema decidiendo ir a ver a mi hermano Walter al centro de rehabilitación.

Cuando mis padres descubrieron la enfermedad que padecía Walter con las drogas, lo llevaron a una de las tantas clínicas que había en Buenos Aires. Allí

estuvo internado un tiempo, pero cuando comenzó a recuperarse, un día logró escapar y fue realmente traumático. Estuvo dos días desaparecido y cuando lo encontraron estaba intoxicado nuevamente. Lo que borró completamente todo el avance que había tenido hasta ese momento.

A raíz de este acontecimiento los médicos que lo trataban recomendaron su traslado a otro centro, lejos de la ciudad. Justificaron su recomendación por dos motivos. El primero, porque de esta forma estaba lejos de las malas personas que decían ser sus amigos y que lo alentaban a consumir drogas. En segundo, porque en este tipo de institutos se realizaban actividades relacionadas con la naturaleza y el medio ambiente, y éstas contribuían positivamente en su tratamiento.

La clínica estaba ubicada a las afueras de Los Álamos. Del otro lado de la ruta. Viniendo de Buenos Aires, primero se encontraba la clínica y luego la entrada al pueblo.

Como todos los lugares chicos, en Los Álamos no había muchos colectivos: sólo tenían dos líneas que atravesaban todo el pueblo. Sus horarios y frecuencias eran escasos, por lo que la mayoría de la gente se trasladaba en motos, bicicletas o a pie. Por supuesto, otros tantos en autos o en camionetas.

Finalmente fui caminando, esto era bastante cansador porque no sólo había que caminar hasta las afueras del pueblo, sino que debía cruzar la ruta y continuar un kilómetro más; una vez que entrabas a la clínica había un gran recorrido hasta el pabellón donde estaba internado Walter.

Estaba tan enojada y molesta que apenas sentía el frío que azotaba y lastimaba la piel de mi cara. Caminé con paso firme y rápido. Había llegado al Centro de Rehabilitación Esperanza y caminaba por el largo sendero escoltado por una interminable hilera de álamos pequeños, cuando escuché sonar el celular que se hallaba en el bolsillo interno de la campera.

Tuve la pequeña esperanza que sea Mateo quien llamaba para disculparse, pero al instante me obligué a reprimirla. Seguro era mi mamá que no había visto la nota que le dejé pegada en la heladera.

Para mi sorpresa, no eran ninguno de los anteriores, era mi hermano Cristian; siempre había pensado que no tenía mi número.

-Hola -dije sin mucho entusiasmo.

-Hola Cecilia, perdona que te moleste, pero necesito hablar con vos -dijo una voz que no era la de mi hermano, pero que tampoco reconocí.

-Perdón ¿quién eres y por qué hablas del teléfono de Cristian? -pregunté bastante confundida.

-Discúlpame, soy Santiago Bruner, el amigo de *Chucky*. Él me prestó su teléfono porque ya no tengo más batería en el mío – agregó la voz que podía ser la de Santiago, aunque su manera de hablar no se parecía en nada a lo que recordaba de él.

-Está bien ¿qué necesitas? -pregunté haciendo referencia a lo que había dicho primero.

-Necesito preguntarte ¿si sabes algo de Mateo, mi primo?

¡Mierda!, me quedé helada y dejé de caminar. No sabía que decirle, porque si bien Santiago estaba siendo muy amable conmigo, no dejaba de ser el amigo de mi

hermano y, además si Mateo era su primo y me dejó plantada, quizás se lo contó y me llamaron para hacerme una broma.

Sí, siempre he sido muy desconfiada.

-¿Me escuchaste, te pregunté si sabes algo de mi primo Mateo? -repitió al tiempo que no respondía.

Me limité diciéndole:

-No, no sé nada-

-Te llamé porque sé que anoche estuvieron hablando, me lo contó. Pero después de eso nadie lo volvió a ver y estamos preocupados, porque hoy teníamos la fiesta de cumpleaños de la abuela y no apareció -me conmovió la desesperación con qué hablaba.

-No sé nada de él -dije en tono de disculpa.

-Ok, tenía la esperanza de que supieras algo -sentí el esfuerzo que tuvo que hacer para hablar.

-Ya va a aparecer -no sabía qué más decirle.

-Espero, gracias -respondió y cortó.

Me quedé más triste y deprimida que antes. No estaba de humor para ver ni hablar con alguien. Me di la vuelta y regresé a mi casa.

Caminé despacio e intenté sacarme todo el enfado y el malhumor de encima. Abrí mi campera y dejé que el frío me abrazara.

Tardé mucho en volver. La oscuridad del día obligó a las lámparas de las calles encenderse; parecía de noche.

Al entrar a mi casa encontré a mis padres con Sebastián mirando la televisión en el canal del pueblo. Estaban dando las últimas noticias. Supuse que era un resumen de la fiesta del día anterior, pero en las imágenes se veían patrulleros y policías. Me acerqué más para ver la nota y me di cuenta que mi mamá estaba llorando.

-¿Qué pasó, mami? -pregunté y me paré junto a ella, que estaba sentada en el sillón.

Mi papá sin sacar la mirada al televisor dijo seriamente:

-¿Te enteraste que desapareció el primo del chico Bruner, el amigo de Cristian?

-Sí -respondí rápidamente sin entender muy bien que tenía que ver Mateo con mi mamá llorando- están llamando a todos los que estuvieron en la fiesta con él para ver si lo localizan.

-Apareció -dijo Sebastián y esperé a que dijera donde estaba.

Pero nadie dijo nada, estaban muy concentrados mirando la televisión.

-¿Dónde apareció? - reclamé saber.

Fue mi papá quien dijo en voz ahogada:

-Lo encontraron muerto.



BRENDA PAZ

Nació en Buenos Aires (Argentina), en 1978, donde actualmente reside con su esposo y sus tres hijos.

Profesora de Nivel Inicial, se recibió como Licenciada en Educación en la Universidad Nacional de Quilmes en 2013. Ese mismo año fue confirmada su dislexia.

La idea de escribir Parasomnias, su primer libro, comenzó tras un viaje en automóvil que realizó junto a su familia, cuando el miedo causado por la niebla, que no permitía ver más allá de la parte delantera del vehículo, disparó su imaginación y la llevó a crear esta historia.

Twitter: @pazxbrenda

Facebook: Parasomnias de Brenda Paz